



NÚM. 3.º

Se publica semanalmente á 6 rs. por trimestre, 11 por semestre, y 20 por anualidad, recibiendo los números, en Barcelona á domicilio, y fuera directamente por el correo. En Ultramar: 2 pesos fuertes por anualidad. En el Extranjero: 40 rs. Al que se suscriba por diez ejemplares se le dará á mas uno gratis. Números sueltos: 6 cuartos cada uno.

Se admiten suscripciones en Barcelona en la librería de su Editor el Heredero de D. Pablo Riera, calle de Robador, n.º 24 y 26, y en la papelería de D. Pedro Casanovas, plaza de la Cucurulla, n.º 2; y fuera en casa de todos los señores que expenden las obras que salen de su establecimiento, ó que están relacionados con él por cualquier concepto que sea. Puede tambien hacerse la suscripción remitiendo el importe con carta dirigida al Editor en sellos de franqueo, libranzas sobre Tesorería, ú otro medio.

AÑO I.

ADVERTENCIA.

Nuestros lectores observarán la notable diferencia que existe entre los grabados del número 1.º de nuestro *Semanario* y los de los números 2.º, 3.º, 4.º y 5.º.

Para que nadie crea que pretendemos faltar á lo ofrecido, debemos explicar la causa de semejante diferencia: los grabados del número 1.º son hechos al boj, procedimiento el mas acreditado, aunque de los mas lentos. A fin de poder tener mayores garantias de exactitud y puntualidad, ensayamos un nuevo sistema que no ha correspondido á nuestras esperanzas; pero aunque sea á costa de los mayores sacrificios, desde el número 6.º volveremos á dar grabados análogos á los del *número-prospecto*, que tanta aceptación merecieron de la prensa y del público en general.

EL EGOISMO.

Una de las máximas que Jesucristo procuró inculcar en el ánimo de sus discípulos, y de todos aquellos que oían su divina palabra, fue aquella que está expresada en estas sencillas frases: AMARÁS AL PRÓJIMO COMO Á TÍ MISMO. Algunos hombres, y desgraciadamente tambien algunos niños, olvidan hasta tal punto aquel sublime precepto, que les parece que todo lo que hay en el mundo está hecho para complacerles y servirles, y en cambio ellos no están obligados á ser útiles á nadie, ni hacer el menor esfuerzo para el bien de sus semejantes. Los que tal piensan, los que así obran los designa la sociedad con el nombre de *egoistas*.

Estamos convencidos que en todos tiempos ha habido egoistas, pero vemos con do-

lor que esta doctrina personal adquiere en el dia mas extension que nunca, gracias á la fiebre de intereses materiales y positivismo que distingue á nuestra época.

La mayor parte de los egoistas procuran disculpar la fealdad de su conducta diciendo que no están obligados á servir ni á ser útiles á nadie, supuesto que ellos nada piden, ni necesitan del auxilio de nadie en el mundo. Esta doctrina, sobre ser abominable, es completamente falsa. En el mundo no podríamos vivir sin el mútuo auxilio que nos prestamos. Para probar esto, hijos míos, voy á concretarme á uno de los muchos casos prácticos de la vida. Supongamos que un egoista acaba de comprar un objeto cualquiera, un baston, por ejemplo. Tal vez ha comprado este baston para librarse de los importunos que se atrevan á pedirle un servicio; pues bien, ahora examinaremos someramente las fases por que han pasado las materias de que se compone ese objeto tan sencillo, y la infinidad de hombres que han contribuido á formarlos antes que llegara á las manos del egoista, de este hombre *que no necesita á nadie*.

Supongamos que el baston de que nos ocupamos sea de caña de Indias, tenga puño de marfil y contera de plata: para obtener el palo ha sido preciso plantar y cultivar la caña, cosecharla, escoger los trozos de buenas dimensiones, enderezarlos y darles el pulido y barniz que tienen cuando se presentan al comercio. Para ob-

tener el puño, que hemos supuesto era de marfil, ha sido preciso que se reunieran una porcion de hombres decididos para dar caza al elefante, caza sumamente peligrosa, y de la cual harémos la descripcion en uno de los números siguientes. Una vez muerto el elefante, le extraen sus defensas ó colmillos que le salen á los dos lados de la trompa; estas defensas son de marfil y pesan hasta cien libras cada una. Ya veis el trabajo y los peligros que tienen que vencerse para procurarse la primera materia del puño del baston del egoista, sin contar el trabajo de cincelarlos y darle una forma bonita y elegante, lo cual supone una porcion de herramientas y útiles para los cuales es indispensable el concurso de una infinidad de operarios. Para obtener la plata de la contera, que se encuentra en las minas profundas de América, son precisos un sinnúmero de mineros, que á costa de mil riesgos la extraen de las entrañas de la tierra y la entregan á otros hombres que la funden y forman las barras ó lingotes. Para transportar á nuestro país la caña, el marfil y la plata, que se producen en remotas tierras, es preciso un buque.

Los buques están hechos con maderas del Norte y generalmente de Noruega. Una vez puesta en nuestros arsenales, esta madera es trabajada y pulida por una porcion de carpinteros que construyen el barco, que casi siempre está forrado en cobre. El cobre, traído de lejanos países, lo tra-

bajan y reducen á planchas. Las velas y sogas exigen el cultivo del cáñamo, que ocupa á una porcion de hombres y mujeres hasta que está en estado de emplearlo en aquellos objetos.



En fin, la gran cantidad de útiles de ferretería que hay en el barco han pasado sucesivamente por un sinnúmero de manos, desde las del minero, que extrae el mineral de la tierra, hasta las del forjador que les da la última mano.

Aunque de intento omito una porcion de detalles que son necesarios para producir un objeto tan insignificante como un baston, ya basta con lo dicho para que comprendais que necesitamos el auxilio de muchos de nuestros semejantes para obtener las cosas mas sencillas.

¿Comprendeis, hijos míos, lo que esto nos enseña? Que Dios ha hecho del cambio mútuo de servicios la base de la existencia de las sociedades. Un hombre reducido á sí mismo nada puede, y si al que dice que *no necesita de nadie* se le aislara para castigar su egoísmo, seria el mas pobre de los mortales por mas que tuviera los tesoros del rey Creso.—*F. Figueras.*

LA CONCIENCIA.

FÁBULA.

En cierto concilio aéreo,
En las nubes celebrado,
Por el libre gremio alado
Contra cierto bicho feo
De la volátil legion,
Fulminóse excomunion.
Y aunque derecho inconcuso
El concilio, segun uso,
Para revelar tenia
Quién fuese el que merecia
El rigor de tal sentencia,
De caridad y clemencia
Movido, su nombre inmundo
Guardó en silencio profundo;
Y en quien ni por presuncion
Cayese la excomunion,
Jamás ninguno supiera,
Si él mismo no lo dijera.
Hízose público el hecho;
Y aunque ninguno derecho
Para inquietarse tenia,
(Pues pájaros mil habia
De bien extraña figura)
La singular catadura
Del murciélago horroroso,

Muy finchado y vanidoso,
Aludido se proclama.
Contra el cielo jura y brama,
Y hácese justicia propia
Diciendo: Tal es mi copia,
Y no hay mas. Por decontado
Yo soy el excomulgado;
Pues no hay volátil mas feo
Que yo, como bien lo veo,
Me convenzo y abochorno
En mil leguas en contorno.
Y, agitando sus aletas
Cual de molino paletas;
Y al aire dando chirridos
Con discordantes sonidos,
Y rechinando los dientes
Con sonidos estridentes,
Y con mil gestos horribles
Y ademanes irascibles,
Sacudidas, arañazos
Y espantosos batacazos,
Chilla, gruñe, patalea,
Convulsivo revoltea,
Y furioso, delirante,
Pide á Júpiter tonante
Su favor y excelso auxilio
Contra el alado concilio,
Que sin aviso ni amago
Excomulga á un Endriago.

Mas Júpiter divino,
Entre afable y mohino,
Diz que desde la altura,
Contéstale con gracia y donosura:
Díme, pobre insensato:
¿En qué punto ó relato
Hallas de excomunion en el decreto
Que fueras tú del anatema objeto?
Cierta figura se condena fea;
Pero ¿de dónde, que tu faz lo sea,
Deduces, díme, mísero avechuchu,
Si nadie habla de tí, poco ni mucho?
Tu conciencia sin duda
Es, por lo visto, la sentencia muda,
Que te juzga y pronuncia excomulgado,
No el anatema del concilio alado;
Y puesto que tú mismo te condenas,
De tu propio rigor sufre las penas.
Esto Júpiter dijo, y yo lo apruebo:
Aunque nada hay de nuevo
En decir que, *jamás nadie aludido*
Se juzga, ni ofendido,
Ni sátira sutil le mortifica,
Si su propia conciencia no le pica.
F. A. Macías.



SANTIAGO APÓSTOL,

PATRON DE ESPAÑA.

El día 25 de este mes es el que dedica la Iglesia á la festividad del apóstol Santiago. En todas partes se celebra con pompa su

conmemoracion, pero especialmente en España, que tiene la dicha de tenerle por patrono.

Nació en Betsaida, ciudad de Galilea, situada á orillas del lago Genesaret; es conocido por Santiago el Mayor para distinguirlo del otro Santiago, hijo de Alfeo, que fue llamado posteriormente al apostolado. Fue hijo del Zebedeo y de María Salomé. Era de oficio pescador lo mismo que su padre, su hermano san Juan Evangelista, san Pedro, san Andrés y otros predilectos del Señor. Fue uno de los primeros que siguieron al Hijo de Dios tan pronto como empezó su predicacion, mereciendo la honra inmarcesible de presenciar su gloriosa transfiguracion en el monte Tabor.

Luego que los Apóstoles recibieron el Espíritu Santo, nada pudo contener el celo de Santiago, y despues de predicar en muchas ciudades y pueblos de Judea, cuenta la tradicion que pasó los mares y vino á España á darle las primeras luces de la fe. Venérase aun en Zaragoza el sagrado pilar sobre el cual la devota piedad cree con grandes fundamentos que se le apareció la santísima Virgen, estando aun en vida mortal esta Señora, y le mandó fabricar en aquel mismo sitio una capilla dedicada á su santo nombre. Muchos conocemos el grandioso templo de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza, y todos sabemos la veneracion en que es tenuta su excelsa Patrona por todos los leales y valientes aragoneses.

Despues volvió Santiago á Judea, donde por su elocuencia, valor y constancia, acompañados de muchos milagros, hizo un número infinito de conversiones, hasta que el rey Agripa le facilitó la corona del martirio mandándole degollar el año 44 de Jesucristo, hácia el tiempo de la Pascua.

Asegúrase que los discípulos de Santiago trasladaron su cuerpo á Iria ó Flavia, villa de Galicia, en donde lo descubrió D. Alfonso el Casto, rey de Leon, el cual trasladó las santas reliquias á Compostela, en donde van en peregrinacion á visitarlo un sinnúmero de fieles.

Son inmensas las gracias que España ha obtenido del gran Santo. Sobre todo reconoce deberle las victorias mas señaladas que ha alcanzado de los enemigos de la Religion, y especialmente contra los moros, á los cuales venció mil veces en los campos de batalla. Nadie ignora el grito de guerra eminentemente español de *¡Santiago y cierra España!* que tantas veces han lanzado nuestros heroicos soldados.

Existe en nuestro país la Orden militar de Santiago, fundada en 1175 por el rey D. Fernando II. Es llamada por excelencia la NOBLE, disputa su antigüedad á la misma Orden de Calatrava, y se honran con ella nuestros hombres mas eminentes.



HISTORIA NATURAL.

EL ORANGUTAN.

El orangutan pertenece al tipo de los *vertebrados*, clase de los *mamíferos*, subclase de los *monodelfos*, órden de los *cuadrumanos*, familia de los *monos* y tribu de los *catirrinos* ó monos del antiguo continente.

El orangutan llega á alcanzar la estatura del hombre, y se parece tanto á él, que los negros de las orillas del río Gambia creen que son individuos de una nacion extranjera que ha venido á establecerse á su país, y que si no hablan es por temor de que les obliguen á trabajar.

Hé aquí lo que refiere el célebre naturalista Buffon de uno de estos animales que vió en París:

«Este orangutan andaba siempre en dos piés, aun cuando llevaba cargas pesadas: su aspecto era hartó triste, el andar grave, los movimientos mesurados, la índole

dócil y muy diferente de los otros monos, porque no tenia la impaciencia del magote, ni la perversidad del babuino, ni la extravagancia de los micos. Las señas ó las palabras bastaban para hacer obrar á nuestro orangutan, al paso que era menester usar el palo para el babuino y el látigo para todos los demás que no obedecen sino á fuerza de golpes. Ví á este animal presentar la mano para despedir á los que iban á verle, pasearse gravemente en su compañía, sentarse á la mesa, desdoblar la servilleta, limpiarse con ella los labios, servirse de la cuchara y el tenedor para llevar la comida á la boca, echar la bebida en el vaso, chocarlo con otro cuando se le brindaba, tomar una taza y un platillo y traerlo á la mesa, echar azúcar y té, dejarlo enfriar y beberlo, y hacer todo esto sin mas instigacion que las señas ó la palabra de su amo, y muchas veces por sí mismo. No hacia mal á nadie; se acercaba á las personas con cierta circunspeccion, y se presentaba como pidiendo que le acariciasen. Era sumamente apasionado á los dulces, le daban muchos, y como tenia una tos frecuente y padecia del pecho, es probable que esa gran cantidad de materias azucaradas contribuyó á abreviarle la vida. No vivió en París mas que un verano, y murió al invierno siguiente en Londres. Comia cási de todo, pero preferia las frutas maduras y secas á todos los demás alimentos: bebia vino pero en corta cantidad, y lo dejaba con gusto por la leche, el té y los licores dulces.»

Segun dice el naturalista Froger, los negros temen mucho á los orangutanes, y no

pueden ir solos por los campos sin exponerse al riesgo de ser acometidos por estos animales, que les presentan un palo y les obligan á pelear. Muchas veces se les ha visto llevarse sobre los árboles muchachos de siete á ocho años, y ha costado increíble trabajo el quitárselos.

Como todos los individuos de la familia de los monos, tienen los orangutanes muy desarrollada la facultad de la imitacion. Aprenden y recuerdan con maravillosa facilidad todo lo que ven hacer al hombre. Algunos se han lastimado y hasta se han desangrado con la navaja de afeitar de su amo queriendo afeitarse como lo habian visto hacer á él.

Concluiré citando una anécdota muy curiosa que se cuenta para probar lo muy dados que son los monos á imitar:

Un buhonero atravesaba un bosque, en el que habia muchos monos de la especie llamada *maquis*, llevando al hombro un gran ceston que contenia las mercaderías de su tráfico, y especialmente gorros de algodón. Cansado de la jornada se acostó en el suelo y durmió un buen rato á la sombra de unos corpulentos árboles. Acudieron un enjambre de monos, y cuando se convencieron de que dormia, fuéron sacando una porcion de paquetes del ceston, sin hacer el menor ruido. Aquellos paquetes contenian gorros de algodón, y como vieron que el buhonero llevaba uno en la cabeza, se los fuéron repartiendo y cada cual se cubrió la cabeza con uno de ellos.

Despertó el pobre buhonero, y al ver el robo de que acababa de ser víctima, levantó los ojos al cielo suplicando á Dios que le

— 8 —

EL SR. DE NELVILLE: Y tú, Enriqueta, ¿cómo querías llamarle?

ENRIQUETA: Yo, papá, le llamaria *Cariñito*, *perito* mio.

Esta voz infantil hizo palpar mi corazón. ¡*Cariñito*! ¡*perito* mio! nombres llenos de dulzura, ¡cuántas veces habeis resonado en mis oídos! Pero los niños se echaron á reir; el padre dió un beso á la niña, y despues de acalorados debates recibí el nombre de César, porque Pablo habia aprendido aquella mañana la historia de un célebre capitán romano que lo habia ilustrado.

El Sr. de Nelville cedió al capricho del muchacho, y muy pronto el castillo resonó á mi nuevo nombre, al que me acostumbré fácilmente, porque la niña lo pronunciaba sin dificultad.

ENRIQUETA: Mamá, quisiera tocarlo un poquito.

LA ABUELA: Puedes acariciarle, hija mia.

ENRIQUETA: Tengo miedo...

LA ABUELA: No temas; se conoce que es un perro de buenos instintos. Observa cómo te mira; vamos, acaríciale.

Enriqueta se decidió á pasar su manecita sobre mi lomo y mi cabeza; luego, envalentonándose, me tocó el bigote. Entonces yo me apresuré á lamer la linda mano de mi amiguita. En aquel momento hubo una verdadera explosion de alegría: ¡Mamá, mamá! ¡me

AVENTURAS DE UN PERRO DE AGUAS.

CAPÍTULO PRIMERO.

MI LLEGADA AL CASTILLO DE BAUDRY.

¿En dónde está? Ved ahí el carruaje; ya abren la puerta de la verja. ¡Pablo, Enriqueta, Luis, corred, venid! ¡Ahí está! ¡ahí está!

Los niños corrieron en tropel, y las criadas trataron en vano de restablecer el órden interrumpido por la llegada de una silla de posta, tirada por cuatro caballos, que se dirigia hácia el centro del gran patio del castillo.

Estábamos todavía algo apartados de las gradas, cuando saqué la cabeza por la portezuela, y ví los dos niños y la niña cuyas frescas voces habian llamado mi atencion.

Las primeras impresiones engañan rara vez á un perro. Aquellas lindas cabezas rubias agrupadas al

diera paciencia para soportar aquel percañe; pero ¡cuál fue su asombro al ver que las copas de los árboles estaban llenas de monos que hacían mil ademanes y visajes y que cada uno llevaba un gorro de los suyos! Al contemplar aquel descaro, el buen hombre perdió la paciencia, y cogiendo el gorro que llevaba puesto, lo arrojó al suelo con furor. Apenas hizo esto, cuando llovieron desde los árboles una infinidad de gorros. Los monos quisieron imitar su acción, y de este modo le devolvieron lo que le habían arrebatado con tan poca delicadeza.



Vicente enseñaba á multiplicar al hijo del colono de su familia que se llamaba Antonio. Por mas que hacia el pobre Antonio, le costaba mucho recordar la tabla de Pitágoras que todos vosotros sabeis es indispensable para comprender aquella regla; pero sobre todo lo que mas le desorientaba era la poca paciencia que tenia su pequeño maestro. El señorito Vicente tenia el genio

algo fuerte, y cuando su discípulo no aprendia tan pronto como él deseaba, le dirigia algunas frases poco amables que hacian llorar al pobre chico.

—¡Caramba, señorito! le decia, yo bien quisiera aprender luego las cuentas para dar una alegría á mi padre; pero por mas que hago, algunas veces me confundo.

—No es eso, le contestaba Vicente; es que no prestas atención á mis explicaciones, y ese es el cuento de nunca acabar. Te advierto que si no aprovechas mejor mis lecciones, voy á dejar las conferencias, porque, francamente, ya me voy cansando y... Vicente se interrumpió porque vió á su señor padre que entraba en el aposento y conoció en su rostro que lo habia oido todo.

—Antonio, le dijo D. Pablo con dulzura, véte á casa de tus padres, y por la noche á solas procura estudiar la tabla de multiplicar; aplicate con serenidad y constancia á estudiarla, y no dudes que la aprenderás.

Cuando hubo salido su discípulo, Vicente quiso disculparse.

—Hijo mio, le contestó aquel, no lograrás enseñar el cálculo á ese muchacho sino á fuerza de dulzura y paciencia; y encuentro muy reprehensible la intolerancia que muestras con él.

Vicente bajó la cabeza ante aquella reprimenda, pero quedó convencido que la culpa la tenia Antonio que era torpe é inaplicable.

Al cabo de algunos dias empezó la vendimia, y Vicente obtuvo de su padre permiso de ir á la viña y ayudar á la recolección de las uvas.

Antonio llenaba de uvas y transportaba los cestos de tres arrobas, y Vicente apenas podia cargar sobre sus delicadas espaldas una arroba de ellas.

—¿En qué consiste, papá, le decia á don Pablo, que Antonio que tiene mi edad lleva

doble peso que yo y no se cansa, al paso que yo me fatigo al cabo de una hora?

—Esto consiste en que Antonio está acostumbrado desde muy pequeño á las faenas rudas y pesadas, al paso que tú nunca las has hecho. ¿Encontrarías razonable que yo te echara en cara tu poca fuerza comparada con la suya? Pues del mismo modo debes comprender que haces muy mal en abochornarle su dificultad en el cálculo, para el cual no tiene desarrollada la inteligencia tanto como tú.

Vicente comprendió la lección, y desde entonces fue mas amable con el pobre Antonio.

Solucion á la charada anterior:
PA-LO-MA.

Solucion al jeroglífico:
AMA Á DIOS SOBRE TODO.

CHARADA.

Mi *primera* es una letra
Consonante y poco usada,
Y juntada con *segunda*
Está en la figura humana.
Es pronombre personal
Mi *tercia*, y acompañada
Con la *primera*, es ciudad
Muy célebre allá en la Arabia.
Artículo singular
Forma mi sílaba *cuarta*,
Y juntada con la *prima*
Es mujer digna de lástima.
Es mi *todo* golosina
Por los niños estimada.

La solución se dará en el próximo número.

EDITOR RESPONSABLE: MANUEL MIRÓ.

BARCELONA: Imprenta del Heredero de D. Pablo Riera. — 1867.

— 6 —

rededor de su joven madre me gustaron al momento, y quise demostrarles mi simpatía por un ladrido lleno de dulzura que fue bien recibido de todos los presentes. Paró el carruaje: el Sr. de Nelville me tomó en brazos, y pronto nos vimos rodeados de sus hijos.

Los NIÑOS: Papá, papá, ¡qué bonito es! ¡qué blanco! Póngale V. en el suelo. ¿Qué edad tiene?

EL SR. DE NELVILLE: Hijos míos, no le incomodeis. Es el perrito mas bueno y mas mono que he visto en mi vida.

ENRIQUETA: Papá, haga V. el favor de tomarme en brazos para que le vea bien. ¡Ay qué hermoso!

EL SR. DE NELVILLE: ¡Veo que la señorita Enriqueta no quiere ya á su papá! Todavía no me ha besado la mano ni me ha dado ningun abrazo: ¡eso sí que está bueno!

Enriqueta tenia cuatro años y medio, y mi presencia le trastornaba el juicio. Lo digo sin fatuidad. Por otra parte una niña y un perro están destinados á ser amigos; y era preciso que mi vista le hubiese hecho una impresion muy fuerte para hacerle olvidar sus deberes filiales, porque era la niña mejor y mas bonita que he visto en mi vida.

Tan pronto como el padre manifestó su deseo, la niña corrió hácia él, y, arrojándose en sus brazos, dió y recibió un sin fin de cariñosos besos.

Tan pronto como pudo restablecerse algo la calma

— 7 —

nos dirigimos al salon, en donde nos esperaba con impaciencia la abuela de los niños.

El Sr. de Nelville me colocó sobre la alfombra, y muy pronto se formó un círculo á mi alrededor. Cada cual dió su opinion. Yo guardé muy buena postura. Miré á derecha é izquierda, y por primera vez me ví en un espejo.

Mi madre me habia dicho muchas veces que era bello, pero debo confesar que me hallé muy superior á sus elogios: lanas rizadas y blancas como la nieve, una cola á guisa de penacho, patas delgadas y nervudas, orejas flexibles y sedosas que hacian juego con un hocico inteligente, tal era mi conjunto, del que quedé sumamente satisfecho. Entonces comprendí la admiración que excitaba en todas partes.

Todas las miradas estaban concentradas hácia el nuevo amigo de la casa: no podia hacer ningun movimiento que no fuera notado.

Al momento se suscitó una grave cuestion: se trató del nombre que debian darme: á mis oidos llegó una gran confusion de nombres, entre los que distinguí los de Milord, Lindo, Moro y Leon.

PABLO: Querido papá, le agradecería á V. mucho que nos permitiera llamarle César.

EL SR. DE NELVILLE: ¡Qué ambicion! Es muy pequeño para un nombre tan grande.

LUIS: Si á V. le parece podríamos llamarle Midas.